

PIEDRAS PARA UN PUENTE

PIEDRAS PARA UN PUENTE

Laura Muñoz

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© LAURA MUÑOZ, 2015

www.papeldelija.net

© *bichoinquieto*

Primera edición, 2015

Segunda edición, 2019

ISBN: 978-84-09-16957-3

Fotografía de la cubierta: © Laura Muñoz

Diseño y composición: © Edgar Tomás

Maquetación: © Edgar Tomás

etomaspagan@gmail.com

edgartomas.wixsite.com/etomas

Publicado por:

Amazon Publishing, Amazon Media EU Sàrl

5, rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Noviembre 2019

*A todos los seres que amo,
los que están y los que se tuvieron que ir.*

*Je ne me mesle pas de dire ce qu'il faut faire au monde,
d'autres assés s'en meslent, mais ce que j'y fay.*

Michel de Montaigne, *Essais*.

No me dedico a decir a la gente lo que debe hacer,
—eso ya lo hacen bastantes— sino lo que yo hago*.

*On résiste à l'invasion des armées,
on ne résiste pas à l'invasion des idées.*

Victor hugo, *Histoire d'un crime*.

Se resiste la invasión de un ejército,
no se resiste la invasión de las ideas*.

(*Traducción de la autora.)

ÍNDICE

1 UN COMIENZO	13
2 SONREÍR	21
3 OPTIMISMO	31
4 VOCACIÓN	57
5 MOTIVACIÓN	93
6 EDUCACIÓN	125
7 HUMILDAD	161
8 DEBILIDADES	195
9 PERSEVERANCIA	239
10 HONESTIDAD	275
11 PERDONAR	323
12 CAMINOS	355
AGRADECIMIENTOS	407

UN COMIENZO

No hay nada más reconfortante que observar a alguien mientras duerme. Se puede dormir de muchas maneras, pero para poder hacerlo, uno debe tener cierto nivel de autoaceptación, o lo que algunos llaman «paz interior» para conciliar ese acuerdo con el reino de los sueños.

Aquella tarde de domingo estaba sentado en mi silla, ante mi mesa de estudio, preparando las clases para aquella semana, cuando me quedé ensimismado, observando cómo descansaba mi gato negro al sol de aquella tarde de noviembre. Tenía los ojos caídos, cerrados sin esfuerzo; sus patas colgaban ausentes, flotando por el borde del taburete donde estaba tumbado sobre un costado.

La luz del sol despeluchaba su panza de trazos blancos, dejando ver rayas atigradas grises. La sombra vertical de la cortina de la ventana ofrecía un equilibrio de frescor en la

justa medida, sobre su lomo oscuro y tupido. De pronto, una nube se atrevió a pasar por delante del sol sin temor a ser aniquilada por su calor. Tan valiente fue su paso que venció a su enemigo abrasador, privándolo de su brillo.

Sin embargo, lo que para unos es una victoria es para otros la vuelta a una realidad menos placentera. Mi gato se despertó. Bostezó, se desperezó con esa mirada de reptil que te hace saber que aún no ha vuelto del todo a este mundo, estiró todos sus músculos y tendones, pegó un salto y se fue a beber agua. Justo después, volvió a mi mesa y me regaló una caricia, buscando en su intercambio desinteresado de amor una caricia mía.

Fue en ese preciso instante cuando pensé: ¿Y si no estuviese aquí para dársela? O peor aún, ¿y si no se la diera? ¿Qué tipo de realidad sería esta? ¿Qué mundo para avergonzarse sería este? No sabía las respuestas, pero alargué mi mano sin dudar, para acariciar a una de las criaturas dotadas con el mayor poder de enternecer, cautivar e incluso dominar a cualquier humano respetable.

Mi gato protagonizando esta escena cotidiana fue el motivo que me empujó a querer cambiarlo todo. No fue por un ataque de arrogancia sino por una perturbadora necesidad de intervenir, de actuar de alguna manera, de ofrecer una caricia al mundo entero.

Cuando leí *Hamlet* por primera vez, alentado y casi obligado por mi amigo Michael, me impactó una frase, entre otras muchas, que me vino a la cabeza entonces. Dice algo así como: «El mundo está fuera de quicio. ¡Maldita suerte la mía haber nacido yo para enderezarlo!» Me sentí lejos de ser el héroe de una historia, con la fuerza para cambiar siquiera la dirección de mis propios pasos. Menos aún me veía capaz de cambiar el rumbo que ha tomado el mundo. Simplemente pretendía poner mi granito de arena, hacer lo que estuviese en mi mano. En cierta medida, me sentía responsable del desorden que predominaba a mi alrededor, así que cogí las humildes armas que tengo — mi bolígrafo verde y mi cabeza mediatibunda— y me puse a escribir.

Sin pensarlo demasiado, dejé los esquemas de mis clases a un lado y empecé a trabajar en mi manifiesto personal sobre cómo deberían ser las cosas y cuáles deberían ser las bases de un comportamiento positivo, para uno mismo y para la humanidad. Dicho así, parezco tan ambicioso como Thomas More en su *Utopía*. Tampoco pretendo elaborar algo como los imperativos categóricos de Kant. No osaría ocuparme de una tarea que no me creo capaz de asumir. Esto pretende ser algo mucho más sencillo. Yo lo describiría como un ejercicio de introspección lanzado al exterior en busca de acogida.

Siendo un empirista convencido, decidí que estaba cargando con demasiado peso sobre mis espaldas. Siempre me ha afectado mucho todo lo que pasa a mi alrededor. El entorno me condiciona fácilmente. El caso es que durante toda mi carrera profesional me he sentido muy afortunado por poder trabajar en algo, que me sigue llenando día tras día. Pero, en los últimos tres años, pienso muy a menudo en todas las personas que, además de estar sufriendo las consecuencias de una crisis económica mal gestionada, siguen siendo tratadas como seres con la capacidad de pensar de una ameba, por aquellos que están a la cabeza de este país.

Todos están tratando de convencernos de que hemos caído en el mayor agujero del que nunca antes hemos salido. Lo reducen a un mero problema económico. A mí, que me suelen calificar de visceral, me hierve la sangre porque lo que yo veo a mi alrededor no tiene nada que ver con economía sino con una ruina de valores y de principios que marcan el carácter perdido, estropeado, dañado e incluso enfermizo de las personas que observo vagar por las calles de esta y de otras ciudades que he visitado recientemente.

Tal vez, el rechazo a la pasividad y el deseo de no rendirse fue lo que llevó a Nietzsche a analizar y criticar tanto los comportamientos de su sociedad. Como él, creo que vivimos en una época de vacío moral. A diferencia de él,

yo creo que la masa puede salvarse —sino, no estaría escribiendo esto—. Estoy muy cansado de mantener conversaciones con gentes que se creen vencidas por una especie de monstruo que no los ataca a ellos pero sí les ciega con el veneno de una ficticia invalidez.

La verdad es que si tuviese que juzgar yo a la clase política —los primeros responsables que deberían actuar por el bien común—, me faltaría papel en el mundo y tinta electrónica en el universo digital para tantas cosas que podría denunciar, argumentar y condenar. Sin embargo, no es este mi cometido, pues no tengo ni la formación, ni la paciencia para no perderles el respeto, ni el ánimo para obtener pruebas que demuestren materialmente que son culpables de sus fechorías —por muy obvia que me resulte su culpabilidad—.

Asumiendo esto, me he propuesto referirme a las personas honestas que están luchando por su porvenir en estos tumultuosos tiempos de mentiras y estafas. He decidido elaborar una lista de ideas muy concretas y planteamientos que, espero, puedan cambiar —un poco o en algún aspecto— esta realidad; nuestra realidad.

Hoy lunes, al día siguiente de ver a mi gato dormir a sus anchas, he llamado a la oficina del Departamento de Filosofía de la Universidad de Salamanca, donde llevo trabajando siete años como Profesor titular de Filosofía.

Les he dicho que no me encontraba bien. Estoy convencido de no estar mintiendo, pues la inquietud y la necesidad de llevar a cabo este proyecto personal me nublan la concentración para dar clases. Tengo muy buena relación con Rubén, el director del Departamento. Así que, cuando he hablado con él —conociéndome como me conoce— ha entendido mi incapacidad temporal y me ha concedido dos semanas de vacaciones urgentes. Más que contento y agradecido, me he encerrado en casa para trabajar.

Mi intención es alejarme de un enfoque deontológico, pues siempre he creído más efectiva la perspectiva consecuencialista. Creo que vale más centrarse en objetivos —en aquello que se quiere conseguir— que en el análisis de un sistema de deberes o reglas. En este sentido, me encanta la funcionalidad del utilitarismo —al que seguro volveré a referirme—.

Durante dos semanas, voy a desarrollar cada uno de los once puntos que presentaré a continuación en este escrito. Van a ser el resultado de una mezcla de historia, filosofía, literatura y modales. Me valdré de algunas referencias clásicas, investigaré sobre algunos temas que mi curiosidad mantiene pendientes, volveré a leer a algunos de mis autores favoritos y me nutriré de la sabiduría de mis compañeros y amigos.

Muchos escritores han dicho que escribir es un acto de expiación y redención. Como profesor, siempre que escribo lo hago en forma de ensayo, con un estilo científico-técnico. De manera que me encuentro ante un experimento. Espero que mi escrito acabe teniendo consistencia sin ser demasiado aburrido o espeso. En cualquier caso, surge de la necesidad de rescatar mi conciencia del bache en el que lleva tiempo atrancada.

Deseo sacar a la superficie una serie de valores que siento que se están hundiendo. Creo necesario recuperarlos, aplicarlos y protegerlos mejor para que no vuelvan a perder su lugar, ni su valor. Si al hacer esto, logro contagiar mi intención, animar o ayudar de alguna manera al que lo lea, me daré por satisfecho. Volviendo a la frase de Hamlet, si todos nos creyésemos un poco poderosos como para enderezar este mundo, estoy seguro de que lograríamos resultados asombrosos.

Me gustaría añadir que si, dentro de unos años, mi hijo lee este libro, espero que lo haga por curiosidad y no por necesidad. Eso querrá decir que es una persona feliz, que simplemente quiere dar un paseo por las reflexiones de este autor. Si, por el contrario, alguna vez le tocase vivir una ruina de valores como la que afrontamos ahora y buscarse

cobijo en este humilde manual, espero que encuentre la fuerza que necesite para lograr ser feliz.

Es muy pronto para pensar en las acciones que protagonizará mi hijo, pero deseo y aspiro a participar en la construcción de un escenario digno, en el que se sienta cómodo para hacer sus propias entradas y salidas, tomando sus propias decisiones.